

Novena consagrada a honrar al incomparable patriarca san José

Al devoto josefino

Ahí tienes, lector querido, un librito nuevo, más en la forma que en el fondo, para obsequiar al incomparable patriarca san José durante nueve días.

Aunque amo con filial y apasionado cariño a mi verdadero padre y señor san José, ¿qué podría decirte en su alabanza que no sepas tú, o no hayan dicho tantas almas enamoradas del Santo? Mi trabajo, pues, se ha reducido en gran parte a coger del jardín de las flores del santo patriarca las que me han parecido recrearán mejor tu alma, y te esforzarán a profesarle singular confianza y amor.

Me ha movido a emprender este pequeño trabajo el deseo de contribuir con mi cornadillo a extender la devoción del patrón de la Iglesia universal, y el observar que no hay una novena completa para obsequiarle, pues todas las que han venido a mis manos solo constan de algunas oraciones más o menos bien expresadas. Dolíame al ver que el maestro de oración por excelencia, como le llama nuestra ilustre española Teresa de Jesús, no tenía una novena que enseñase prácticamente esta ciencia de los santos. A llenar, pues, este vacío, se dirige mi modesto ensayo. Y como el recuerdo de los beneficios recibidos mueve nuestro corazón a confianza, todos los días, después de la meditación, hallarás un ejemplo que te animará a esperarlo todo de tan gran protector. Quiero recordarte los bienes espirituales que dispensa san José a los que le profesan particular devoción, para que seas uno de ellos.

Los devotos de san José son de un modo especial favorecidos del Santo: 1º. Con el espíritu de oración. 2º. Con el don de castidad. 3º. Con auxilios extraordinarios para salir del pecado y ahuyentar a los demonios. 4º. Con una devoción tiernísima a María Inmaculada. 5º. Con la mayor de todas las gracias, esto es, con una dulce agonía y santa muerte. Los bienes temporales que dispensa el Santo a sus devotos, no los particularizo por ser de menos importancia y porque casi sería hacer deshonor al Santo importunarle mucho con este fin. Pues como advierte su más esclarecida hija Teresa de Jesús, vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí; y ¿qué emperador podrá jamás parangonarse con san José, que tenía bajo sus órdenes al Emperador y Emperatriz de cielos y tierra? ¿Y no tienen menos precio que un maravedí todos los bienes caducos del mundo, comparados con los de la gracia y los eternos?

No digo esto, lector mío, para retraerte de pedir al Santo estos bienes temporales si convienen a mayor gloria de Dios y bien de tu alma; que si es así, te los alcanzará, no lo dudes, el Santo bendito; sino con el fin de recordarte que no hagas gran hincapié en ellos, y nunca los pidas sin pretender otra gracia espiritual, sobre todo una santa muerte. No te enoje este recuerdo, porque atendido nuestro flaco natural, que nos vamos a lo que presente vemos, y no apreciamos las cosas por lo común según las luces de la fe, sucede ordinariamente que *solamente* se hacen las novenas y se importuna a nuestro bondadoso san José con el fin único de alcanzar bienes pasajeros,

tales, dice san Agustín, que Dios los concede muchas veces airado, y no los concediera estando placentero.

Una palabra y concluyo. Como deseo que con esta novena alcances del Santo sin igual todo lo que le pidas, te encargo sobremanera, oh devoto josefino, observes con puntualidad las siguientes advertencias: 1º. Como Dios ha prometido hacer la voluntad de los que le temen y oír sus súplicas, menester es tengas limpia conciencia y salgan las oraciones de un corazón puro, confesándote y comulgando a este fin al empezar la novena y al concluir. 2º. Como la oración verdadera se ha de ayudar con mortificación, pues regalo y oración no se compadecen, según la seráfica Doctora Teresa de Jesús, haz durante estos días algún ayuno o mortificación, limosna o alguna obra de caridad. 3º. Oye Misa todos los días y visita alguna imagen del Santo si te es posible; procura mayor retiro y recogimiento, ofreciendo al divino Jesús por intercesión de san José con gran pureza de intención todas las obras y sufrimientos de cada día.

Si así lo haces, devoto josefino, si fielmente observas estas advertencias durante la novena, ten por seguro que recibirás la gracia que a mayor gloria de Dios solicitas por intercesión del excelso patriarca san José, el más amable, bondadoso y poderoso de todos los santos del cielo. No lo digo yo, lo dice la incomparable Doctora de la Iglesia y más ilustre devota del Santo, que no miente ni exagera, Teresa de Jesús. Nosotros solo nos permitiremos añadir en confirmación: Pruébelo quien no lo creyere, y lo verá por consoladora experiencia.

Día primero

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Amor de san José al prójimo.

Composición de lugar. Contempla a san José como padre de los pobres.

Petición. ¡Oh caritativo san José! Mira enfermo al que tú amas.

Punto primero. Amor de san José al prójimo. –Enseñan san Agustín, santo Tomás y todos los teólogos, que uno mismo es el amor con que amamos a Dios que aquel con que amamos al prójimo: son dos ramas de una misma raíz, dos rayos de un mismo foco, porque si al prójimo no le amamos por Dios y con Dios, ya no es verdadero amor o caridad. Siendo, pues, el amor de san José a su Dios el mayor que puede pensarse después de la Virgen María, su amor al prójimo debe ser también el mayor que podemos imaginar después del de la Reina del hermoso amor. Los ejemplos de amor al prójimo que veía el Santo en Jesús y María bastaban para inflamarle de este amor. Mas como las pruebas de amor son las obras, ¿qué hizo san José para probar su amor al prójimo? Todo lo que hizo por salvar a Jesús, por conservar su vida, es amor del prójimo, pues era su Salvador, su Redentor. Nada deseaba ni desea tanto san José

como que sean conocidos y amados Jesús y María. De ellos hablaba a los pastores, a los Magos, a los egipcios, a los belemitas y de Nazaret, dándoles a conocer sus grandezas infinitas. Y cuando otra cosa no podía, oraba y se mortificaba ofreciéndolo todo para que su Jesús fuese conocido y amado y glorificado por todos. La prueba más subida de amor es orar y perdonar a los que mal nos quieren o nos han hecho daño: pues san José oraba, y perdonó de corazón a los belemitas y perseguidores de su Hijo Jesús... Dotado el Santo de un corazón noble y compasivo, de un alma buena, prevenido con bendiciones de dulzura del cielo, socorría con larga mano a los menesterosos repartiéndoles sus bienes, su salario. Solo se quedó al desposarse con María, la casita de Nazaret y un campo para su recreo. Para conmemorar la fiesta del nacimiento de Jesús, mató una buena ternera que había traído de Belén, y repartió sus carnes a los pobres. El oro y ricos presentes de los magos repartiolos luego a los pobres, ofreciendo como tales un par de tórtolas o dos pichones en la presentación de Jesús al templo... San José, era en verdad, el padre de los pobres, y nadie salió de su presencia sin una limosna o una palabra de consuelo, que alegraba al triste, levantaba al caído, fortalecía al tentado, reconciliaba todos los corazones con Dios, devolviéndoles la paz y la calma. ¡Oh santo mío! Ejercita tu caridad con mi alma, que está harto necesitada. Amén.

Punto segundo. ¿Cuál es tu caridad con el prójimo, devoto josefino? Mira el ejemplo de san José y confúndete. Si amas al prójimo, le has de querer bien como a ti mismo. ¿Quieres para él lo que para ti, o no haces a él lo que no quieres te hagan a ti? Si amas al prójimo debes orar por él, tener celo de la salvación de su alma. ¿Cómo procuras su salvación? ¿Le das al menos buen ejemplo, o eres tal vez para él piedra de escándalo? Si amas al prójimo, has de consolarle en sus penas y socorrerle en sus necesidades. ¿Qué has hecho para aliviarle en sus trabajos? Si amas al prójimo, has de perdonarle de corazón. ¿Perdonas a tus enemigos? Si quieres conocer si amas en verdad a tu prójimo, considera detenidamente cómo le sufres: esta es la piedra de toque del verdadero amor. Amar cuando no hay que hacer ningún sacrificio, hasta los malos lo hacen; pero cuando hay que vencernos, mortificarnos, sufrir algo para probarle nuestro sincero amor, entonces solamente los que aman al prójimo por Dios saben si conviene o es necesario dar no solo la comodidad y el reposo, sino hasta la propia vida, por salvar a sus hermanos. Así lo han hecho todos los santos. Así lo hizo el Señor san José. Imítale en esta virtud de la caridad, y merecerás sin duda su protección en vida y en la hora de la muerte, y verás despachadas favorablemente todas tus peticiones.

Ejemplo

Cuán poderoso y pronto sea el auxilio de san José en las tentaciones, la misma Reina de los ángeles, su esposa, nos lo demuestra en el siguiente ejemplo. Refiere el P. Barry que una devota religiosa se veía muy molestada por importunas tentaciones especialmente en su recogimiento espiritual persuadiéndose de que jamás podría obtener aquella preciosa libertad de espíritu, que es en esta vida un signo especial de los hijos de Dios. En tantas angustias recurrió a la Virgen como a su buena Madre, para hallar remedio, y le dijo: “Cuando vos, Virgen Santa, no queráis hacerme esta gracia, dignaos a lo menos inspirarme uno de los santos que vos más apreciáis, a quien pueda recurrir con toda confianza como el único protector de mi espíritu”. Apenas concluyó esta súplica cuando supo por inspiración divina, que san José era el santo más amado de la Virgen, por ser su esposo y por sus eminentes virtudes. No tardó en entregarse a la protección de este Santo, quien hizo experimentar a su devota la eficacia de su patrocinio, librándola de sus angustias, así espirituales como temporales.

Pídase con toda confianza la gracia que se desee alcanzar en esta Novena.

ORACIÓN FINAL

Acordaos, etc.

Y para más obligaros rezaremos siete *Padrenuestros*, *Avemarías* y *Gloria Patri*, en memoria de vuestros siete principales dolores y gozos.

Récense los siete Padrenuestros.

Jesús, José y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Jesús, José y María, recibid, cuando yo muera, el alma mía.

Alabados sean los corazones de Jesús y de María, y san José y santa Teresa de Jesús. Amén.

Día segundo

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Fervor de san José, o devoción con que hacía las cosas.

Composición de lugar. Mira al Santo haciendo con todo ahínco lo que hace en obsequio de Jesús y María.

Petición. Dame, Santo mío, orar, obrar, padecer y amar como tú por amor de Jesús.

Punto primero. Si san José, devoto josefino, es modelo y maestro de todas las virtudes, debe serlo de la devoción. Y como tú te titulas y te precias y alardeas de ser devoto del Santo, provechosa te va a ser esta meditación, que te enseñará prácticamente el modo de servir al Señor tu Dios como debes.

La devoción, como enseñan los santos, es la prontitud de la voluntad en el servicio de Dios. Esta prontitud nace del impulso del Espíritu o de la meditación de las verdades eternas. El glorioso san José fue prontísimo en todo lo tocante al servicio de Jesús, Hijo de Dios, ya por impulso del Espíritu Santo que no hallaba resistencia en su corazón, ya por la meditación de los misterios que tenía siempre delante de sus ojos. Contempla al Santo bendito cómo obedece al ángel y desiste de dejar la compañía de María; cómo la acompaña a visitar a santa Isabel y a Belén, a pesar de las dificultades del camino y de lo riguroso de la estación...; cómo huye de noche sin perder momento, al destierro de Egipto, por salvar al Hijo Jesús y a su Madre...; con qué ahínco trabaja, le busca perdido, le acompaña al templo...; siempre pronto, dispuesto, diligentísimo por cumplir la

voluntad de Dios, todo lo que sea de su servicio, en su obsequio. Siervo bueno y fidelísimo, siempre vivió, padeció, trabajó y murió por hacer con prontitud la voluntad de su Dios, a pesar de serle muchísimas veces de grandísimo sacrificio. Pero ¿qué importa? Para un corazón que ama como el de san José, y está todo dedicado, consagrado al servicio de su Rey y Señor, los sacrificios cuanto más costosos son más apetecibles, a la manera que el valeroso soldado y nobles caballeros desean solo ocasiones de probar su fidelidad a su rey, dispuestos a toda hora a sacrificar su comodidad, su reposo y hasta su vida misma en obsequio de su señor.

¡Oh devoto josefino!, aprende del Santo la verdadera devoción. Mira que en las ocasiones y no en los rincones, como advierte la Doctora josefina, se ha de ver tu amor, tu fidelidad, tu devoción a tu Dios, y al santo de tu corazón, san José... No lo olvides.

Punto segundo. Te llamas devoto josefino quien esto lees y meditas y practicas; mas ¿lo eres en verdad? Devoto quiere decir dedicado, dado, entregado, ofrecido, consagrado al servicio y obsequio de san José. ¿Lo estás en verdad? Mira tus palabras y tus obras, no te alucines y engañes a ti mismo, que es muy frecuente, es moneda corriente entre las personas que hacen algún ejercicio de piedad, creerse y venderse como devotas no siéndolo... Yo te daré una regla infalible para que no te engañes con la falsa devoción. El árbol se conoce por sus frutos; y dime, ¿cuáles son los frutos de santidad, de virtud, que ha producido en ti la devoción a san José? No mires para responder ajustadamente a esta pregunta, tanto a lo que haces como al modo con que lo haces; que en la gramática del cielo, como observa san Agustín, más aprecio se da a los adverbios que a los verbos. Haces el cuarto de hora de oración diario; mas ¿cómo?, ¿digna, atenta, devotamente? Oyes Misa, confiesas, comulgas; pero ¿bien, provechosamente? Haces limosna y otras buenas obras, pero, ¿puramente, por Dios? ¿Cuánta parte tienen los respetos humanos, la vanidad, la propia inclinación natural, en tus buenas obras? Considera además cuán flojamente las haces, con qué negligencia: cómo te dejas tus ejercicios de piedad cuando no encuentras gusto o hay alguna dificultad que vencer; cómo dejas para lo último tus buenas obras y muchas veces te expones hasta a faltar gravemente en el cumplimiento de tus obligaciones... Parece que todo nos duele cuando hemos de servir a Dios, y todo nos mueve cuando hemos de contentar a nuestro amor propio o al mundo. ¿Dónde está pues, nuestra devoción? ¡Oh devotísimo y fervorósimo san José!, alcanzadnos a todos vuestros devotos una centellica de vuestro fervor.

Ejemplo

Escribe Isolano en el capítulo X de la 4ª parte de su *Suma*, que, a un caballero veneciano que solía visitar todos los días la imagen de san José, se le apareció en la hora de la muerte el Santo, y a su presencia concibió el más grande horror de sus pecados, haciendo una dolorosa y entera confesión, y en el momento en que el sacerdote le dio la absolución, expiró, conduciéndole el Santo a la gloria, como piadosamente se cree.

No confíes, cristiano lector, morir bien con las puras prácticas de devoción, si de otra parte tienes afecto al pecado. Dios ha salvado muchas veces a los pecadores en la hora de la muerte por los obsequios a la Virgen María y a san José, para darnos a entender que quiere que los honremos; y así como aunque Dios por intercesión de sus santos haya algunas veces resucitado los muertos, no obstante, ninguno sería tan

necio que se quitase la vida confiando en un milagro; así también no debes quitar la vida a tu alma con el pecado, esperando que san José te alcanzará el perdón.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día tercero

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Prudencia de san José

Composición de lugar. Representate al Santo siguiendo en todas sus acciones el impulso de la recta razón ilustrada por el Espíritu Santo.

Petición. Prudentísimo san José, alcanzadme prudencia en todos mis actos.

Punto primero. La prudencia es la virtud que dirige rectamente todas las cosas al buen fin de toda la vida. Ella reside en el entendimiento del hombre, y desde allí como reina en su trono, aconseja, juzga y manda los actos de todas las otras virtudes que la adoran y rodean, rindiéndole homenaje. Ninguna virtud se mueve, sin que la prudencia lo ordene, y prescriba el modo y tiempo en que debe obrar. Dotado san José de todas las virtudes en grado heroico, no podía faltarle la que es el ojo y reina de todas, como acabamos de decir. Como oveja en medio de los lobos, se guardó y guardó a su hijo Jesús y a su esposa María sin recibir ningún daño. San José llevó a cabo el encargo del eterno Padre de ser ayo, custodio y padre de su hijo Jesús y esposo de la Virgen María Madre del Hijo de Dios, felizmente según las disposiciones del Altísimo, a pesar de los gravísimos trabajos y contradicciones de todo género que halló a su paso. Pero donde sobre todo resplandece la prudencia celestial del Santo, es cuando vio a María preñada sin saber el misterio, como quieren algunos, o sabiéndolo, como quieren otros, y que por su humildad profunda se creía indigno de estar en compañía de una Virgen que por sus virtudes había merecido concebir en su seno al Mesías por obra del Espíritu Santo. De todos modos resplandece sobremanera su prudencia en este hecho. No queriendo difamar a su virginal esposa, que creía inocente y que por otra parte veía encinta, sin precipitación, sino meditando y pensando bien el caso, resuelve dejar a su esposa, ¿mas cómo? “Ocultamente, dice el Evangelio, con toda prudencia y miramiento posibles, guardando silencio y sin descubrir a nadie lo que pasa de extraordinario”. Por esto mereció el Santo ser consolado en esta lucha por un ángel, que le quitó toda duda y turbación, declarándole el misterio de la Encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo en el seno de su esposa María. Así premia el Señor la prudencia de su siervo. ¡Oh Santísimo patriarca! Enseñadnos a no ser precipitados en nuestros juicios ni en nuestras resoluciones, para que no hayamos después de llorar nuestros yerros.

Punto segundo. ¿Cuál es tu prudencia, devoto josefino? Sin esta virtud no puedes dar un paso con acierto en el camino difícil de la vida. Sin esta virtud, habrás de llorar tus engaños, y sin provecho. El bien, para serlo, necesita ser de íntegra causa: al mal

bástale cualquier defecto. Una circunstancia de tiempo, de lugar, de persona que falte, basta para echar al traste las más ricas y buenas obras; una palabra sin considerar, una providencia o disposición mal dada estorba o trastorna los más santos proyectos. Nadie llora más, sin provecho, los desaciertos de su vida que aquel que con los años y desengaños no aprendió la prudencia. Todo se trastorna, todo padece, todo es violento, todo es desorden y angustia y perturbación donde no reina e impera la prudencia. Mas dirás, ¿cómo alcanzaré esta reina de las virtudes? Mira y admira y practica lo que te enseña san José... Acude a la oración y toma consejo del Señor y de los que están en su lugar en todas las cosas de tu alma, y no errarás jamás. No hagas cosa sin consejo de persona docta y temerosa de Dios, y no te arrepentirás jamás de lo que hagas. No seas fácil en prometer, ni precipitado en hablar y en obrar; busca en todas las cosas el reino de Dios y su justicia con verdad y sinceridad, y el Señor te ayudará y bendecirá tus proyectos. Ten pureza de intención, y ella te dará luz en todas tus empresas, y como a san José, aunque te halles en casos y circunstancias muy apurados, no te dejará el Señor en manos de tu consejo, que es la peor miseria. La prudencia según la carne es muerte del alma: la prudencia según el espíritu o según la fe, es vida y felicidad del corazón cristiano. Así nos lo enseña el glorioso y prudentísimo patriarca san José. Imítale.

Ejemplo

El caso siguiente servirá para animar a las almas timoratas que, después de haber cometido una culpa grave, se avergüenzan de confesarla; y servirá igualmente para que acudan a san José para alcanzar la victoria de su temor.

Tal fue la intención que tuvo la persona a quien sucedió, como lo contó el Padre Barry, cuando escribía de san José. Después de haber faltado ella a un voto que hizo, no sabiendo vencer el rubor que experimentaba al acusarse de su falta al ministro de la Penitencia, perseveró con mil angustias de conciencia en desgracia de Dios. Por fin, no pudiendo resistir a los remordimientos de la conciencia, resolvió acudir a la intercesión de san José, para vencer aquel temor, y le rezó el himno y la oración. Apenas concluyó la novena, cuando animado su corazón, se postró a los pies de un confesor y sin la menor dificultad manifestó todas las culpas con indecible consuelo. Y en adelante, a fin de tener a san José por fiel custodio de su corazón, llevó consigo su imagen, confesando que san José había continuado dispensándole gracias singulares.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día cuarto

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Fortaleza de san José

Composición de lugar. Contempla a san José como roca inamovible que resiste los choques horribles de las ondas de contradicción del océano de sus dolores sin turbarse.

Petición. Dadme, fortísimo san José, el imitaros en esta virtud de la fortaleza.

Punto primero. La fortaleza es una firmeza de ánimo, una presencia de espíritu contra todos los males y contrariedades de la vida. Habiendo sido la vida de san José, después de Jesús y María, la que mayores contrariedades experimentó, claro aparece que debía ser también el varón más fuerte, héroe de su fortaleza... Esta virtud en el Santo fue como el gigantesco cedro, a cuyo robusto tronco, enlazadas y sostenidas todas las virtudes, dilataron su frondosidad y ostentaron con gallardía sus abundantes frutos... Dios, los hombres, las criaturas y hasta el mismo Santo, dieron ejercicio soberano a esta virtud... Dios, inundando el corazón del Santo con dolores y con amores, ejercitó su fortaleza... Belén, Jerusalén, Nazaret, Egipto, demostraron el heroísmo de la fortaleza del Santo, sufriendo con constancia los trabajos de su vida. Ni lo áspero y largo del camino, dice un piadoso autor, ni la estación inclemente del tiempo, ni la tierna edad del niño Dios, ni lo delicado de su Madre, fueron obstáculos para ejecutar las órdenes del ángel. A todo hizo frente su heroica fortaleza. Él burló los planes sangrientos de Herodes, amansó la ferocidad y antipatía de los egipcios. Sentía en el alma las penas e incomodidades de Jesús y de María, y procuraba suavizarlas con sus diligencias y ardiente amor, enteramente olvidado de sus penas... Pero cuando se vio la fortaleza más que heroica de san José, fue en la pérdida de su Hijo. Entonces tres días se vio sumergido con María, en el más horrible desamparo, en las tinieblas del espíritu, oculto el sol de justicia... No comió ni tomó descanso en aquellos tres días, y hubiera muerto de dolor sin auxilio extraordinario del cielo... “¿Adónde te escondiste?, clamaba por caminos y valles con María san José; ¿adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?...” María apreció este dolor intensísimo sobre toda ponderación, exhalando sentidísima queja al hallar al niño Jesús en el templo; José no desplegó los labios... No obstante, más resplandece la fortaleza del Santo al verse inundada de gracias del Cielo... O ensanchad mi bajeza, diría con más razón que su hija Teresa de Jesús, o poned tasa a vuestras mercedes. Según la multitud e intensidad de mis dolores, así son, Dios mío, las avenidas de vuestros consuelos y deleites y delicias. Mejor que san Pablo vería en su hijo Jesús, transfigurado muchas veces en su presencia, los arcanos de la divinidad, los secretos y resplandores de gloria del Verbo que el mortal no puede explicar... Por fin fue fuerte san José venciendo a sí mismo, obrando siempre por los impulsos de la gracia, jamás por la violencia de las pasiones que tuvo siempre sujetas a la razón. ¡Qué fortaleza tan heroica la del Santo! Devoto josefino, admira y propón.

Punto segundo. ¿Eres fuerte, devoto josefino, en sufrir las contrariedades y dolores de la vida?, o ¿desmayas y cedas al menor embate, faltando a tus deberes con Dios, con el prójimo o contra ti mismo? ¡Ay! que el vicio que más domina es la debilidad, la falta de firmeza en las almas. Como nadie quiere sufrir ni padecer cosa alguna, todo el estudio se pone en contentar a todos menos a Dios y a nuestra propia conciencia. Las enfermedades, los contratiempos, o como dice el mundo, los reveses de fortuna, nos amilanan, nos desmayan, nos abaten o tal vez nos desesperan. No podemos sufrir que se quebrante o niegue nuestra voluntad o deseos, que al punto montamos en cólera. Somos juguetes de nuestras aviesas pasiones, y es verdaderamente un cuadro desgarrador el que ofrecen las conciencias de hoy día sin firmeza, sin fortaleza. Nada queda en pie en ellas más que la propia inconstancia, debilidad y flaqueza. Todas las virtudes yacen arruinadas por el suelo, semejantes a esos soberbios edificios que no

tuvieron firmeza para resistir los embates y vaivenes de los tiempos, que solo queda de ellos un recuerdo de lo que fueron. ¿Por qué tantas miserias y ruinas? ¡Ay! Porque no nos apoyamos en Dios que no se muda. Imitemos la fortaleza de san José. Jamás será ni podrá ser nuestra vida tan borrascosa como la del Santo. Acojámonos a su poderoso patrocinio, y seremos con él fuertes con la fortaleza de Dios, venceremos a todos nuestros enemigos, y morará nuestra alma en la región serena de la paz, preludio de la eterna que hemos de gozar en el cielo. Así sea.

Ejemplo

La venerable Sor Prudencia Zañoni, una de las heroínas más eminentes en virtud, de la orden de san Francisco, después de haber venerado en la vida a san José, recibió en su muerte la gracia más singular que jamás hubiese podido desear. Pues que en ella se le apareció el Santo, se le acercó a la cama, llevando en sus brazos el niño Jesús. Es imposible referir la abundancia de afectos que inundarían el corazón de Prudencia. Baste decir que llegó a difundirse en el corazón de aquellas religiosas compañeras que la asistían, al oírle hablar, ya con el Santo anciano, ya con el dulce Niño; con aquel, dándole gracias porque se había dignado visitarla y hacerla disfrutar anticipadamente de la gloria del paraíso; con Este, porque con tanta amabilidad se había dignado invitarla a ir consigo a las celestiales nupcias. En la actitud de las manos y del rostro se conocía que san José había depuesto en los brazos de su devota el celestial Niño, concediéndole aquella muerte feliz que tuvo él en los brazos de Jesús en su casa de Nazaret.

Pídase la gracia...; Oración final.

Día quinto

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Paciencia de san José.

Composición de lugar. Contempla a san José en todos sus dolores, sufriendo con amor y con alegría por su Jesús.

Petición. Dame, Santo mío, el padecer con mérito para reinar con Cristo en la gloria.

Punto primero. La paciencia es una virtud que nos hace sobrellevar con contento y paz todos los males de esta vida por amor de Dios. La paciencia nos es necesaria para alcanzar el cielo; y no hay virtud de más frecuente ejercicio, después que por el pecado este mundo se convirtió en un valle de lágrimas. El llanto es el primer ay de dolor que exhala el hombre al venir al mundo; el padecimiento es el compañero inseparable de toda su vida; y un suspiro de dolor, un gemido y una lágrima, es lo último que derrama al salir de este destierro. Padece el niño y el anciano, el pobre y el rico, el sabio y el ignorante, el sano y el enfermo, los justos y los pecadores. Es la herencia pingüe de todos los hijos de Adán. Hagamos, pues, de la necesidad virtud, padeciendo por Jesús como san José; de lo contrario, esto es, padeciendo sin paciencia, será doble padecer para nosotros. En la vida de san José lo que más abunda, como en la de todos los allegados de Cristo, son los trabajos. El Señor, a quien más ama, da mayores trabajos, enseña la santa Josefina del morir o padecer; y como san José es una de las almas más

amadas de Dios y allegadas a Él, por eso fue, después de María, la más ejercitada en padecer.

La vida de san José es un tejido admirable e inexplicable de dolores y trabajos insoportables. Belén, Nazaret, Jerusalén, Egipto... Basta recordar los siete principales dolores del Santo para comprender lo mucho que padeció. La vida de san José fue un prolongado y continuo martirio. Mas ¿cómo lo padeció el Santo? Con resignación, con paz, con alegría, completamente resignado a la voluntad del Altísimo... “¡Todo por Jesús, todo por Jesús!”, exclamaba a menudo el Santo bendito, el pacientísimo patriarca... “Dios mío, Tú lo has querido así, repetía en todos sus dolores, pues hágase tu voluntad santísima así en la tierra como en el cielo... Dios mío, como Tú lo quieres, yo lo quiero... Tu voluntad soberana está en medio de mi corazón... Dadme muerte, dadme vida, dadme Calvario o Tabor... que a todo diré que sí. ¿Qué mandáis, Señor, de mí?” ¡Oh pacientísimo José!, modelo de todos los que padecen, alcanzadnos la virtud de la paciencia tan necesaria para salvarnos.

Punto segundo. Considera, devoto josefino, que todos los descendientes de Adán venimos a padecer y morir en este valle de lágrimas, en castigo del primer pecado. Todos, todos hemos de padecer en este mundo; es sentencia de Dios, airado justamente por la prevaricación de nuestros primeros padres, y nadie la puede evadir. Si el hombre pudiese vivir sin trabajos y la mujer parir sin dolor, decía con gracia san Francisco de Sales, ya habrían ganado el pleito a Dios... No creas, devoto josefino, a los falsos engañadores que predicán que el hombre ha nacido para gozar, y que debe procurar por todos los medios posibles convertir este destierro en un paraíso. Yerran, yerran los que tal dicen, porque no puede el hombre, por rico y poderoso que sea, dejar de cumplir la condena de Dios... No te tiente tampoco la paz y felicidad *aparentes* de que gozan los ricos y pecadores, porque bajo el manto de púrpura, y las ricas telas de Holanda, y las sedas más suaves y preciosas, hay un cuerpo mortal, pasto de gusanos, que más pronto o más tarde, como hecho de tierra, polvo es y en polvo, gusanos, ceniza, nada, se convertirá... *Fode parietem*, te diré con el profeta, cava, cava la pared; esto es, penetra en la casa, en la familia, en las interioridades del corazón de ese rico, de ese hombre feliz según el mundo, que parece que nada tiene que sufrir, y verás y descubrirás mil miserias, dolores y trabajos, que no los hallarás en la choza del pobre y en el que come un mendrugo de pan con el sudor de su rostro, contento de su suerte y bendiciendo al Señor. No está la felicidad del hombre en este destierro, en huir del padecer, sino en salirle al encuentro, aceptarlo, bendecirlo como un azote de Dios que al fin y al cabo es Padre amoroso que conoce lo deleznable de nuestra condición, y da las lágrimas con medida, y nunca nos envía mayores trabajos que los que podemos sobrellevar. Buen ejemplo tienes en la admirable paciencia que con su ejemplo te da san José. Haz de la necesidad virtud, y sufre todos los trabajos que Dios te envíe, si no con alegría, al menos con paciencia y resignación cristianas. Mira que todo se pasa, y con estos trabajos momentáneos, si bien los sufres, te labras un peso y corona eterna de gloria. *Sursum corda*. Arriba los corazones.

Ejemplo

Si para la adquisición de las virtudes sirve mucho el buen cuidado de un sabio director, ¿qué diremos del que es dirigido por este glorioso Santo, a quien parece que ha confiado el Eterno la dirección de todas

las almas de vida interior? Confirma esta verdad un testimonio auténtico de un joven, el cual en medio del siglo sabía vivir como una paloma en la cavidad de los peñascos. Hallose casualmente con él un religioso de la Compañía de Jesús, y por sus palabras conoció que estaba enriquecido con dones y gracias tan sublimes, que jamás había conocido alma alguna más perfecta. El padre quedó muy admirado, y mayormente cuando el joven le dijo que su ocupación por espacio de dieciocho años había sido la de criado, sin que jamás alguno le hubiese instruido en cosas espirituales, y con todo hablaba como un teólogo. Preguntóle el padre si era devoto de san José. A lo que respondió que hacía seis años que lo había elegido por su protector, porque así se lo había inspirado el Señor.

Pídase la gracia...; Oración final.

Día sexto

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Pobreza de san José

Composición de lugar. Contempla a san José en Egipto y Nazaret ganando el sustento para sí y para Jesús y María con su honrado trabajo de carpintero.

Petición. Dame, señor san José, espíritu de pobreza, que sepa abundar y carecer por Jesús.

Punto primero. La pobreza es carecer de lo preciso para comer y vestir, o como dice santa Teresa de Jesús, faltar las cosas en tiempo de mayor necesidad, por amor de Dios. La flor y el colmo de la pobreza evangélica es vivir ganándose el pan con el sudor del rostro, y sujetándose alegremente a los trabajos que esto trae por amor de Dios. Bienaventurados son los pobres de Cristo, los cuales, contentos con tener qué comer y vestirse, dan aún a sus hermanos de lo preciso, y reciben en cambio aun acá el ciento por uno, según aquel pagaré divino extendido y rubricado por la mano de Cristo Jesús, Hijo de Dios. San José, mejor que su hija Teresa, no solo había de ser pobre, sino loco por la pobreza. Tenía delante de sí el ejemplo de María, reina de cielos, pobrísima como él; tenía el ejemplo de Jesús, Hijo de Dios, que habiéndonos de predicar desprendimiento de todo lo caduco y amor de la pobreza evangélica, se hizo sumamente pobre, teniendo por cuna un pesebre en su nacimiento, la desnudez y el árbol de la cruz por lecho en su muerte, y una mortaja y sepulcro prestados por sepultura. ¿Cómo no amar, pues, la pobreza el santo patriarca, viendo al Rey de la gloria abrazado constantemente con la pobreza, que escogió con la humillación y la mortificación por compañeras inseparables desde la cuna al sepulcro? Vivió pobre san José, y se hizo pobre dando todos los bienes que tenía, y murió pobre, pues solo las herramientas de su oficio pudo legar a Jesús y a María al morir... ¡Mira al Santo en Belén con tanta pobreza, que en noche frigidísima solo tuvo por albergue una destartalada cueva que ofrecer a María y al Hijo de Dios en su nacimiento; un pesebre y unos pobres pañales fueron todas las riquezas que pudo ofrecer al Hijo de Dios al venir al mundo! ¡Pobre Jesús!, ¡Pobre José! ¡Mira al santo huyendo de noche precipitadamente a Egipto, andando a pie más de setenta leguas por desiertos y arenales interminables y peligrosos, padeciendo con María sed y hambre, cansancio y

dolor por Jesús sin quejarse!... Mírale en Egipto mendigando y trabajando para proporcionar el sustento a Jesús y María... Contéplale en Nazaret con Jesús y María trabajando. Pobre, voluntario y santísimo obrero es san José, que con el estipendio de su jornal atiende a los gastos moderados de la Sagrada Familia y aún le sobra algo para ser en verdad el padre de los pobres, el consuelo de los indigentes y el socorro de huérfanos y desvalidos. ¡Qué felices seríamos todos en este mundo si imitásemos tan divinos ejemplos! ¿Lo haces tú así, devoto josefino?

Punto segundo. Pondera, devoto josefino, que aunque no todos estamos obligados a seguir los consejos evangélicos siendo pobres en realidad, todos, no obstante, lo hemos de ser en el afecto, si queremos entrar en el reino de los cielos, que solo se da a los pobres de espíritu. Si abundan las riquezas, no apegues a ellas tu corazón; pues perdido está, dice la Doctora Josefina, quien tras ellas anda... Considera, además, que los ricos están obligados a socorrer a los pobres, pues representan la providencia de Dios sobre la Tierra, y son de los bienes que Dios les da como unos administradores que en el día del juicio han de dar cuenta muy estrecha al Señor del uso y del abuso que han hecho de ellos... Son espinas las riquezas, que punzan a quien con avaricia o desordenado amor las aprieta contra su corazón, son bonos con que se compra el reino del cielo para los que las emplean bien. Mira, pues, si te punzan como espinas, o consuelan esas riquezas tu conciencia, y contemplando a la Sagrada Familia tan voluntaria y extremadamente pobre pudiendo ser rica, confúndete de tu miseria. Se dadivoso o limosnero por amor de Jesús, María y José, devoto josefino, y no te pesará jamás. Si Dios te da poco, da poco; si te da mucho, da mucho, porque según lo que dieres por su amor, te dará centuplicado el Señor. Haz en vida el bien que pudieres a tu alma, y no guardes a disponer de tus cosas, cuando no te las podrás llevar, que más parece entonces virtud forzada y limosna sin mérito, que voluntario don. Lo que sembrares para la vida eterna, de limosnas y buenas obras, eso solamente recogerás. Redime, pues, tus pecados con tus limosnas mientras tienes tiempo.

Ejemplo

La intercesión de san José es de mucho valor en las tentaciones de los sentidos, que suelen ser las más seductoras y peligrosas.

Podría esto confirmarse con muchos ejemplos, pero bastará el siguiente, sacado de las historias de la orden carmelitana. Había en el convento de Perpiñán un religioso de singular virtud y pureza, el cual se vio atacado una noche por el espíritu maligno; duró toda la noche la batalla, siempre decidido a batir el orgullo de su enemigo, y por fin pudo cantar victoria auxiliado de la gracia divina. Al día siguiente habiendo ido el casto religioso a la ciudad con el prior del convento, se encontró con un hombre de venerable aspecto y le dijo: "Padre, ¿por qué en las molestias que sufristeis en la noche pasada no os acordasteis de san José, y no implorasteis su auxilio, rezando a lo menos su conmemoración, para que os ayudase en aquella necesidad?" Turbado el religioso porque le había declarado su interior, quiso responderle, pero desapareció al momento, por lo que se persuadió que aquel hombre venerable era san José, quien se complace en que le invoquemos y confiemos en su protección, mayormente en estos casos en que peligran tanto la virtud.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día séptimo

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Templanza de san José

Composición de lugar. Contempla a san José adornado con la templanza y modestia de Cristo.

Petición. Alcanzadme, santo mío, ser templado y modesto en todas las cosas.

Punto primero. La templanza es una virtud que reprime la complacencia inmoderada del apetito sensitivo al gozar de los bienes sensibles. Es esta virtud como el ornato y elegancia de todas las demás; y así como la gallardía, gentileza y belleza en el cuerpo humano realzan y ennoblecen a una persona ilustre, atraen la atención y gánanse el afecto de todos, así en la parte moral la templanza hace amable al hombre en la sociedad. Hasta a la prudencia pone tasa y modo para que no decline en astucia sagaz e insidiosa, y a la fortaleza para que no se desmande a la arrogancia. San José fue perfectísimo en esta virtud. No le fue necesario para templar los ardores de la concupiscencia, porque no experimentó el Santo las rebeldías de su carne; al contrario, puesto por Dios por defensa y baluarte de la pureza y candor celestial de María, no sintió jamás los estímulos de la concupiscencia. Fue templado en la comida y bebida, por su pobreza voluntaria y su sobriedad y frugalidad en la mesa... Templado en su habla, pues fue tan mirado en sus palabras que ninguna salió de su boca que no fuese santa y buena, no ociosa ni de murmuración. Moderado fue san José en su trato con el prójimo, afabilísimo y dulcísimo en la conversación, grave y suave en su porte exterior. Su templanza en acciones y palabras, y su aspecto que reverberaba una santidad y vida celestial, fue el imán suavísimo que cautivó los ánimos de los judíos, egipcios y de cuantos le trataban, de tal modo que pudo llevar a efecto los designios del Padre celestial al confiarle la obra de la redención del mundo en su Hijo. Mejor que Judit pudo el Santo andar por medio de los enemigos con seguridad, siendo amado y respetado de todos por aquel conjunto admirable de virtudes, de las cuales la templanza era la belleza y esplendor. Oigamos, por fin, el mejor elogio de la templanza del Santo de boca de su esposa la Santísima Virgen María. Dijo así a santa Brígida: "José jamás dijo palabra de chiste, de murmuración o de impaciencia. Era en su pobreza pacientísimo y pronto al trabajo. Si algunos le ofendían, lejos de vengarse, mostraba en sus agravios una admirable mansedumbre. Me servía con profundísimo respeto, y era juntamente un gran defensor de mi pureza virginal contra aquellos que la contradecían. Fue testigo muy fiel de las maravillas de Dios. Sus deseos siempre se dirigían a los bienes del cielo, de tal suerte que parecía estar muerto al mundo y a la carne. Creía tan firmemente lo que Dios le había prometido, que continuamente decía: "¡Ojalá me conceda vida el Señor para tener la dicha de ver cumplida su santísima voluntad!". En las juntas y consejos de los hombres se halló rarísimas veces, porque todos sus deseos fueron tratar con Dios y hacer lo que sabía era de su agrado: por esto ahora grande es su gloria". ¡Qué divinas enseñanzas!

Punto segundo. Si san José debía aparecer en el mundo adornado de todas las virtudes en grado heroico, y por lo mismo en la templanza, no podía faltarle la modestia, que es como la flor, ornato y belleza de todas. Cuando Dios elige a alguna persona para desempeñar algún cargo, dicen todos los doctores de la Iglesia, adórnale de las cualidades proporcionadas a la elevación de su cargo y a la ejecución de él. San José, escogido por Dios para jefe de la Sagrada Familia, para representante de Él en la tierra y hacer sus oficios cerca de Jesús y María, debía resplandecer en todas las virtudes, y de un modo especial en la modestia. Por esto fue san José dotado de un aspecto lleno de majestad y de belleza, superior al antiguo José, tan celebrado por su hermosura entre los egipcios. Era san José de una rara modestia, y de un talle en que brillaba una maravillosa disposición. Consorte de la más hermosa de las vírgenes, y juzgado padre de Jesús por los hombres, debía aparecer el Santo semejante a una y otro por las virtudes del alma, por la belleza, majestad y modestia de su exterior... ¡Qué apacibilidad en el aspecto!, ¡qué nobleza de corazón!, ¡qué concierto en todas las potencias de su ánimo!, ¡qué rasgos de cordura!, ¡qué modales!, ¡qué gallardía en toda su persona!, ¡qué atractivo!, ¡qué mansedumbre!. Dios que adornó a Saúl de cierto esplendor de majestad, ¿de qué virtudes y prendas de naturaleza y de gracia no enriquecería al ilustre descendiente de cien reyes, heredero del trono de Judea, y esposo de la Madre de Dios y Reina de los cielos? José, que debía pasar lo más florido de su vida entre las dos azucenas del paraíso, Jesús y María; José, que las debía cuidar, mandar, gobernar, y aspirar más de cerca que ningún otro mortal sus divinos aromas, debía aparecer entre ellas con la modestia de Cristo y de María, por no turbar el concierto y armonía divina de la familia de Nazaret, de la trinidad de la tierra. Solo con mirar a Jesús, la modestia por esencia, y a María, que la reverberaba en su exterior, debía el Santo empaparse de esta virtud, copiarla en sí y aparecer como un dechado bellísimo de ella. Porque si en nosotros, inmodestos y desconcertados, la vista, presencia, comunicación y trato con una persona modesta nos inspira esta virtud y nos obliga a ella, ¿qué no haría la divina modestia de Cristo en el ánimo justo y concertado de san José? ¡Oh!, ¡admiremos en silencio tan hermosa virtud en el santo, y confundámonos e imitémosle!

Ejemplo

Se lee en el legendario franciscano del día 21 de agosto, que viajando la venerable sor Juana Rodríguez con otra mujer, se puso nublado, lo que atemorizó a la compañera; pero se vieron consoladas inesperadamente de un personaje, quien se les ofreció cortésmente a acompañarlas en su viaje, asegurándolas que la lluvia no las molestaría. Llovió mucho, y no se mojaron. A la vista de este prodigio creyó Juana que aquel guía y compañero no era otro que san José, su carísimo protector, quien las acompañó hasta el punto deseado, y vieron que desaparecía. Feliz tú, si san José te acompaña hasta el término de tu camino. El diluvio de las tentaciones no te dañará, y llegarás a ser recibido en los tabernáculos eternos.

Pídase la gracia...; Oración final.

Día octavo

Por la señal, etc., y oraciones...

Meditación

Pureza más que angelical de san José.

Composición de lugar. Contempla a san José con el lirio de la pureza en sus manos, que te dice: “Si no eres puro, no verás a Dios ni a mí en la gloria”.

Petición. Dadnos, Santo mío, la pureza de alma y cuerpo.

Punto primero. Pureza más que angelical de san José. San José fue ayo y custodio del cordero sin mancilla, lirio de los valles y que se apacienta entre azucenas, Cristo Jesús... San José fue verdadero esposo de la más pura y cándida azucena del paraíso de Dios, María Madre de Dios... San José fue siempre virgen en el alma y en el cuerpo; santificado en el seno materno, sin sentir el fómite del pecado, fue más que de ángel su pureza, porque el pudor virginal de María no teme ni se sobresalta con la compañía de san José en las soledades de Egipto, ni en el retiro de casa; y no obstante se turba con la presencia del ángel, y se alarma su pureza virginal al decirle que va a ser Madre de Dios. ¿Cómo he de ser madre si soy virgen, replica, pues yo no conozco ni conoceré varón...? Custodio de la pureza virginal de María, esposo de la Virgen María Reina de las vírgenes, con quien vivió treinta años en la más íntima familiaridad y trato, no podía menos de aumentar con esto su pureza el purísimo José... Dios en sus altísimos decretos tenía determinado, dice san Francisco de Sales, que Jesús naciera bajo la sombra del santo matrimonio que la Virgen contrajo con san José, porque solo de un matrimonio totalmente incomparable en la pureza podía nacer Jesucristo... San José, por su pureza angelical, mereció ser esposo de la más pura de las Vírgenes: este fue el premio de su angelical candor. Cristo fue digno fruto del matrimonio de María y José; porque solo este matrimonio apareció a los ojos de Dios adornado con tanta pureza, que pudo descansar en él Aquel que se apacienta entre lirios y azucenas... Los dos lirios del campo, las dos azucenas de virginal fragancia son María y José, con quienes Jesús moró y conversó familiarmente como hijo por espacio de treinta años, y halló sus delicias al desposarse con la naturaleza humana y vivir en este destierro. ¡Qué ejemplo tan sublime de pureza y candor virginal! ¡Oh devoto josefino!, ¿no te animarás con este ejemplo a ser puro en pensamientos, palabras y obras?

Punto segundo. ¿Eres puro y casto, devoto josefino? Cualquiera que sea tu edad, estado y condición, no te eximen de tener esta virtud. Solo siendo puro y casto, serás admitido en el reino de los cielos y verás a Dios, abismo de pureza. Si pecaste, y por consiguiente manchaste tu alma, debes lavarla y devolverle su pureza por la penitencia y contrición. Ya seas soltero, ya casado, ya viudo, ya sacerdote o religioso o virgen consagrada a Dios, devoto josefino, todos debemos ser puros y castos en nuestro estado, poseer nuestro cuerpo y nuestra alma en honor, guardando pureza y castidad. Pero ¡ay dolor! qué pocos son los que conservaron la pureza bautismal, más pocos son los que conservaron la integridad o virginidad de su cuerpo, pues este pecado impuro lo invade todo, lo corrompe todo, lo marchita o empaña todo. Bien decía el sabio y experimentado misionero san Ligorio, que murió de más de noventa años, que no hay alma en el infierno que no esté allí por los pecados de impureza o con un pecado feo. ¿Quién se escapará de este diluvio de corrupción siempre creciente? ¡Ay de mí! Es tan delicada esta flor y tiene tantos enemigos, que sin una gracia especial del cielo es

imposible conservarla. La vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato, la memoria, el pensamiento, el mundo, el demonio, la propia carne; los libros, periódicos, folletos, grabados, romances, canciones, diversiones, músicas, bailes, saraos, teatros, ... ¡Oh! Todo, todo está armado para perder a esta hermosa virtud, a esta angelical virtud. Diríase que este mundo no puede sufrir en su hediondez el celestial aroma de ella, y por eso la persigue y la quiere desterrar de él. ¡Oh mi inocencia y pureza perdidas! ¿Quién os podrá recobrar? Solo la penitencia puede hacerlo. Confiésate y no peques más. Pídelo al castísimo esposo de María, san José.

Ejemplo

En la crónica de los padres capuchinos se lee, que viajando fray Jerónimo de Pistoya, misionero apostólico, con un compañero desde Roma a Gandía, por obediencia al sumo pontífice, equivocó de noche el camino cerca de Venecia. Hallándose los dos muy fatigados y afligidos, a causa de las molestias del viaje, recurrieron, puestos de rodillas, a Jesús, José y María, de quienes era muy devoto Fr. Jerónimo, suplicándoles su auxilio en aquel caso de tanta necesidad, y vieron al momento resplandecer cerca de ellos una luz. Se dirigieron hacia ella, y a poco trecho hallaron una casa, en la cual había un anciano, una mujer y un niño, los tres de singular hermosura, quienes los hospedaron con mucha complacencia. Por la mañana, habiéndose despertado los religiosos para emprender el camino, se hallaron en medio de un prado y mirando por todas partes no vieron ya la casa en que habían sido hospedados, y juzgaron que los que les habían recibido en ella eran Jesús, María y José, a quienes dieron infinitas gracias por tan singular favor o beneficio. ¡Cuánto, pues, podemos esperar de su extraordinaria protección! Invoquémosles con toda confianza, y siempre seremos socorridos por él en todo peligro y necesidad.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día nono

Por la señal, etc. y oraciones...

Meditación

Conformidad de san José con la voluntad de Dios.

Composición de lugar. Contempla a san José, que repite en todos los trabajos de su vida: Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Petición. Dios mío, haced de mí y de mis cosas lo que sea conforme con vuestra santísima voluntad.

Punto primero. Todos tenemos absoluta necesidad de esta santa virtud, pues con ella este destierro hácese un anticipado cielo, y sin ella se vuelve un infierno. Contempla a san José, modelo acabado de todas las virtudes, y en especial de esta preciosa virtud en vida y en muerte. Toda la vida del Santo sembrada de dolores y gozos tan intensos y tan continuos y variados, es el cumplimiento de la divina voluntad. Escogido por Dios Padre para que hiciese sus veces con la Sagrada Familia, asociado a la suerte de Jesús y de María, experimentó más que ningún otro santo la necesidad de esta virtud, y la practicó fielmente. Toda la vida de san José está resumida en estas palabras: "Dios mío, quise tu voluntad en medio de mi corazón. Hágase siempre en mí, de mí y de todas mis cosas vuestra santísima voluntad". Era voluntad de Dios; pues bastaba esto

para el Santo, que no buscaba en todas las cosas más que hacer la divina voluntad, fuese dulce o amargo, fácil o difícil, doloroso o gozoso lo que se le mandase... Su muerte no fue otra cosa más que un acto de conformidad con la voluntad de Dios. Porque Dios lo quiso vivió, padeció, trabajó; porque Dios lo quiso murió. Dolorosísimo fue para el Santo morir, aunque fuese en los brazos de Jesús y María, porque con la muerte dejaba de gozar de su presencia corporal, que formaba todas sus delicias y felicidad... No obstante: "Quiero morir, dijo el santo, porque vos, Dios mío, lo queréis. En vida y en muerte no he de tener yo jamás propia voluntad, pues solo quiero hacer lo que es de vuestro agrado". ¡Qué vida y muerte tan tranquila, tan pacífica, tan feliz, tan santa la del excelso patriarca! Aun en medio de sus amarguras amarguísimas gozaba de paz inalterable, porque en ellas hacía la voluntad de su Dios. ¿Cómo imitas tú tan santo ejemplo, devoto josefino? Pues sábetete que la causa de tus pecados e infelicidad es no estar conformado con la divina voluntad. Nadie resistió a Dios y tuvo paz. Enmiéndate y sé feliz haciendo en todas las cosas, como san José, la voluntad de Dios.

Punto segundo. Quieras que no, devoto josefino, tú y todos los del mundo y todas las criaturas hemos de hacer por fin la voluntad de Dios. "Mi consejo permanecerá, dice el Señor, y mi voluntad será hecha". Solo hay la alternativa que está en tu mano, porque eres libre, o de hacer la voluntad de Dios glorificando su misericordia, o su justicia. Si cumples la voluntad de Dios, buena y perfecta, con tus buenas obras ajustando tu vida y tus acciones a su ley santa, experimentarás la misericordia de Dios en el tiempo y por toda la eternidad. Como siervo bueno y fiel entrarás en el gozo de tu Señor, después de haber vivido en abundancia de paz en este valle de quebrantos, morando bajo su providencia amorosa y paternal. Más ¡ay de ti, si te esfuerzas y te empeñas en resistir a su voluntad santísima! Andarás por senderos difíciles, y no conocerás el camino de la paz. Tendrás en verdad como dos infiernos: uno para siempre, siempre, siempre, y otro acá mientras dure tu vida; porque la tribulación, el remordimiento y la desesperación es la herencia de los pecadores que no quieren servir a Dios y conformarse con su voluntad santísima. Y no obstante caerás por fin en manos del Dios vivo, ¡oh cosa la más horrenda! y después de una vida infelicísima, morirás desesperado, lleno de rabia, despecho y furor, y serás despeñado a la sima de la condenación eterna: allí habrá llanto y crujir de dientes; allí habrá fuego y horrores sempiternos; allí habrá el lugar de todos los tormentos, sin mezcla alguna de lenitivo, de descanso, de consolación... Y el que no quiso glorificar a Dios conformando su vida, su voluntad con la voluntad santísima de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y le glorifiquen eternamente en la mansión de delicias del cielo, le glorificará a pesar suyo, experimentando los justos castigos de su maldad en los abismos de los infiernos. Porque la voluntad de Dios es justa, y así como premia al justo, ha de castigar al pecador.

Haz, devoto josefino, de la necesidad virtud; conforma en todas las cosas tu voluntad con la de Dios, y tu corazón morará en abundancia de paz, y reinará eternamente con Jesús, María y José en la gloria.

Ejemplo

Refiere Boregio en el año 1581, que el siervo de Dios Fr. Alejo de Vejevano, capuchino lego, hallándose próximo a la muerte, instó a sus hermanos que encendiesen algunas hachas, y habiéndole preguntado a qué fin, respondió que debiendo bajar dentro de poco la soberana Reina del cielo con su esposo san José, era necesario recibirlos con toda la reverencia posible. Apenas dijo esto, cuando manifestó que había ya venido aquella visita gloriosa, exclamando lleno de júbilo: “He aquí la Reina del cielo, he aquí a san José: padres, postraos a su presencia y recibidles dignamente”. Pero él fue mejor recibido, pues que murió en el momento, en el día 19 de marzo, día de la fiesta de san José, su santo protector, quien en recompensa de su devoción, con la que se había mortificado en la vida, lo llevó consigo a la eterna gloria.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.